



REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID.

EXPLICACIÓN DE LA PORTADA

Esa gran piedra épica en Cuelgamuros

Cuando llegue el día del Juicio Final, el Valle de los Caídos no será un lugar cualquiera, sino una soledad elegida y tendrá nombre en la hora en que todas las vanidades serán borradas y sólo contarán las acciones de los hombres. En ese recinto de soledad mineral y vegetal, bajo los enormes cielos glaciales en el invierno y devastadores en el verano, a la luz de los cobaltos transparentes que se reflejan en el Jarama, un multitudinario coro de héroes y mártires cantará un himno épico y lírico al Señor Dios de los Ejércitos. Pues allí se alzarán sobre sus cenizas los muertos, por Dios y por España, de la Cruzada y, por última y definitiva vez, la España eterna confesará al Señor sus razones. Te devuelvo —dirá— los talentos que me diste.

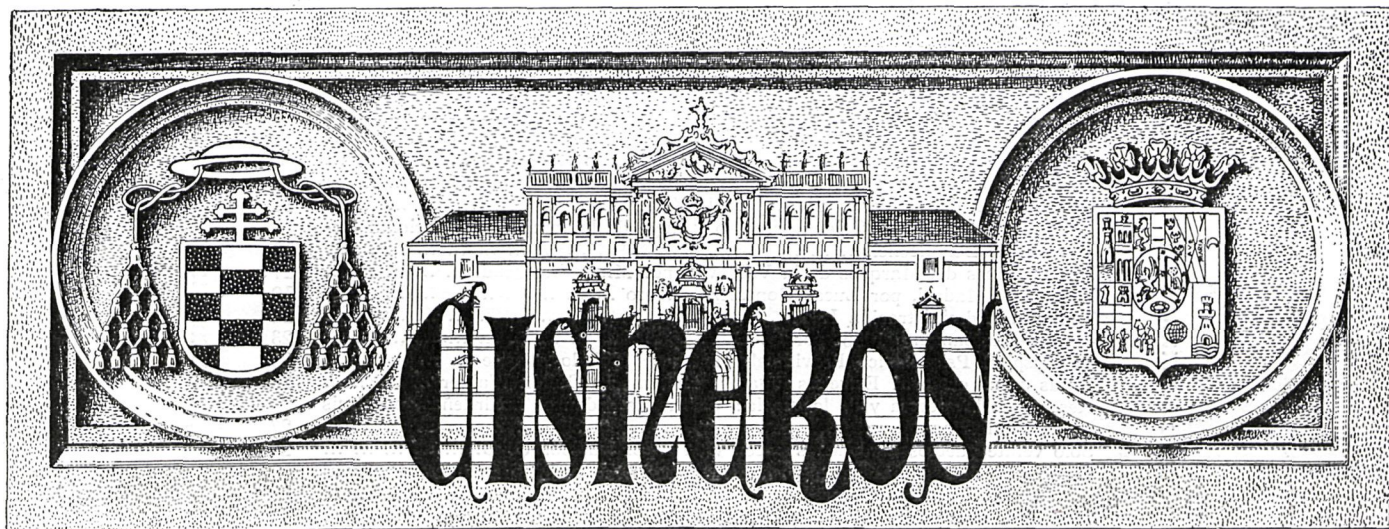
Tierra es la de Cuelgamuros, severa y aterida, propicia para la meditación, en la que España dará su última batalla, la de la eternidad. Volverán otra vez a oírse las músicas y los cantos terrenales de la Cruzada y sus notas se fundirán con el «A Ti, Señor, alabamos; a Ti, Señor, confesamos», proferidas con el espíritu de fe, esperanza y caridad, con que España promovió siempre las empresas del Espíritu a mayor honra y gloria de Dios.

Si el Monasterio del Real Sitio de San Lorenzo del Escorial es conocido como «esa gran piedra lírica», el monumento del Valle de los Caídos merece el nombre de «esa gran piedra épica». Una iglesia y un cementerio; eso es todo. La iglesia de los vivos compadecerá a los muertos hasta el final de los tiempos, pero ¿qué otra cosa es la tradición o la metafísica de España?

No es verdad que esa piedra haya sido edificada para la muerte, sino para la vida, para la única vida perdurable. Es la moda lo que se calcula con prisa para la muerte; pero

(Sigue en la contraportada interior.)

REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID

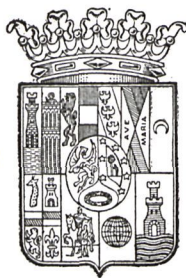


CRÓNICA PROVINCIAL

Presidente del Consejo de Redacción: FRANCISCO CASARES SÁNCHEZ

Director: ANTONIO GULLÓN WALKER





SUMARIO

Págs.

| | |
|---|----|
| Explicación de las portadas: Esa gran piedra épica en Cuelgamuros, por J. C. Villacorta. | |
| Editorial: El Municipio, en el pensamiento de José Antonio | 3 |
| Una gran tarea a realizar: Industrialización de la provincia, por O. Roncero... | 4 |
| Una deflagración espontánea y heroica, por Joaquín Arrarás... .. | 8 |
| Madrid y sus calles: Isabel I y La Arganzuela, por E. Méndez-Conde... .. | 10 |
| Recuperación del Gobierno Civil, por U. M. | 11 |
| Un poco de Historia: Origen, proceso y auge de la famosa y tradicional Corrida de Beneficencia... .. | 13 |
| Declaraciones del Marqués de la Valdavia, por Miner Otamendi | 17 |
| Frentes de Madrid, por Lucas González Herrero | 19 |
| Temas de Administración Local | 22 |
| Madrid-Campamento 1956, por O. G. | 23 |
| El Hospital Psiquiátrico Provincial, por Angel Bolado Allende | 26 |
| Notas de un curioso: Estrellas fugaces, por Antonio Gullón Walker | 26 |
| Rescate de la alegría y de la gracia: Canciones y danzas madrileñas, por Luis de Fontefrías... .. | 27 |
| Sólo veinte pueblos madrileños hacen vida deportiva, por O. G. | 29 |
| Comentario: Organización y perfeccionamiento del turismo en nuestra provincia, por Francisco Casares | 32 |
| Madrid de ayer y Madrid de hoy: La Escuela Diplomática, por Juan Sampelayo. | 33 |
| Acotaciones: Evolución transcendente de Madrid y su provincia, por Francisco Casares... .. | 36 |
| Desde la liberación, ha repoblado la Diputación 4.636 hectáreas de monte, por M. Barbeito Herrera... .. | 37 |
| Teatro popular en Torrelaguna, por José Javier Aleixandre... .. | 40 |
| Convocatoria del Concurso periodístico «Diputación Provincial Año 1956» ... | 42 |
| Madrid veinte años después, por Rafael Chico | 43 |
| «Día de la Provincia»: Convocatoria de concursos | 46 |
| El arquitecto Fisac habla de la provincia, por Octavio Roncero | 47 |
| Aspectos fundamentales del mutualismo laboral, por F. Ferrari Billoch... .. | 49 |
| Curso, recuerdo y gloria del Jarama, por José Montero Alonso | 51 |
| Paracuellos... .. | 53 |
| Espléndido resurgir de nuestra cultura, por Antonio Ortiz Muñoz | 55 |
| Los pueblos de Madrid y sus relieves turísticos, por el Dr. Antonio Cantó Téllez. | 58 |
| La revalorización de la provincia por el Movimiento Nacional, por Juan Luis de Simón Tobalina | 63 |
| Información provincial | 65 |
| Castilla en América: Conquistadores madrileños en el Río de la Plata, por José Sanz y Díaz... .. | 69 |
| Un éxito más de la Corrida de Beneficencia, por Juan Burladero | 71 |
| El Centro Coordinador de Bibliotecas, por F. Tolsada | 72 |
| Recuerdo del primer «Día de la Provincia» | 76 |
| El «Día de la Provincia» en Alcalá de Henares, por Gustavo Pérez Puig | 77 |
| La Diócesis de Madrid-Alcalá cuenta con doscientas noventa y tres parroquias, por J. C. de C. | 79 |
| Plenos de la Corporación provincial | 81 |

Dibujos de Laffite, Nando, Bernal y Sáinz de Tejada.

Reportajes gráficos: Rogelio Leal.

Fotografías de las portadas y en color: Loygorri.



EL MUNICIPIO, EN EL PENSAMIENTO DE JOSE ANTONIO

EN vísperas de la Natividad del Señor del año 1935, por tierras de Andalucía, el verbo cálido y elegante de José Antonio lanzaba a su auditorio de España estas palabras: «No se es libre por tener la libertad de morirse de hambre formando colas a las puertas de una fábrica o formando cola a la puerta de un colegio electoral, sino que se es libre cuando se recobra la unidad entera. El individuo, como portador de un alma, como titular de un patrimonio; El MUNICIPIO, COMO UNIDAD DE VIDA, RESTAURADO OTRA VEZ EN SU RIQUEZA COMUNAL Y EN SU TRADICION; los Sindicatos, como unidad de la existencia profesional y depositarios de la unidad económica que se necesita para cada una de las ramas de la producción». (1)

Este concepto, latente siempre en la doctrina de José Antonio, expresamente formulado en muchas otras de sus poéticas y profundas oraciones, cuando cruzaba sobre nuestra nación la atrevida, sólida y apasionada arquitectura de su credo, queda magistralmente sintetizado en las palabras transcritas.

Adviértase cómo no es la de José Antonio una definición del Municipio, cuya naturaleza, a fuerza de ser compleja, implica el riesgo, a la hora de estructurar su formulación oral o escrita, de un peligroso desajuste. Quizá le ocurría lo que a los redactores del Proyecto de la Ley de Bases de Régimen Local de 1945, «por que el Municipio no será lo que nosotros hubiéramos podido decir en cuatro luminosas y apretadas líneas», sino lo que resulte realmente (2), y por ello, a la hora de decir qué es, echó por el más lírico, cordial e inteligible camino de decir cómo él lo sentía, en un hermoso trío de vocablos: unidad de vida.

Apuntaba adjetivamente en su idea el concepto de restauración, lo cual indica que algo quebraba en la realidad de entonces, y él mismo esquematiza las quiebras a corregir: vuelta a la riqueza comunal y vuelta a la tradición.

¿Hasta dónde llega la eficacia de la formulación de José Antonio? ¿Queda en puro programa su idea del Municipio o se proyecta hacia el futuro como generatriz de realidades? Es lo cierto que el Movimiento Nacional suscita una reforma congruente con los nuevos supuestos de la vida pública, siendo «inevitable que el impulso renovador llegara al Régimen Local y que la nueva savia brotara en instituciones eficaces» (3).

En efecto, un análisis de la evolución operada en la vida Local española desde aquellos tiempos hasta nues-

tro momento, indica de manera clara y absoluta que la idea municipal, inserta en la doctrina total de José Antonio, era auténtica idea matriz, efectiva y prolífica, y que las Entidades locales, paulatinamente, van despojándose de su inerte carácter de unidades estadísticas, y que sus órganos de acción se configuran como representativos de la integridad de aquella vida.

Hoy, en el punto superior de esa transformación incesantemente acaecida, es obligado señalar la estructura genérica de unas normas básicas en la Administración Local, contenidas en el texto orgánico de 24 de junio de 1955, al que se incorpora la trascendental modificación establecida por la Ley de 3 de diciembre de 1953, y que, en definitiva, equivale al último estadio de la restauración postulada por José Antonio: La reorganización a fondo de la vida económica del Municipio, el señalamiento de recursos que hagan revivir su actividad; en resumen, la vuelta a una auténtica riqueza comunal, no estática, sino activa, operante, con toda la dinamicidad que exigen unas circunstancias históricas y políticas en que la intervención administrativa en materia económica es nota característica. (4)

En un magistral preámbulo, a la parte dispositiva del texto de 1953, el legislador somete a una apretada y total revisión la historia del régimen de las Haciendas Locales y estudia las soluciones apropiadas para llegar a una dotación suficiente, flexible y duradera, no sólo por la vía de las exacciones directas, sino por la indirecta, que permite que fluyan hasta las arcas de los Municipios ingresos y ayudas —cooperación— de la provincia, en un eficaz conjunto de quehaceres y de fines, cuya expresión absoluta es la consecución de un mínimo vital para todos los pueblos de la Patria; es decir, su conversión en auténticas unidades de vida, según la expresión de José Antonio.

Ahí está, pues, la realidad de su pensamiento, verificándose en las tierras y en los hombres de España, interpretada como él quería que se interpretase la tradición: «No es como remedio, sino como sustancia; no con ánimo de copia de lo que hicieran los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias». (5)

Ahí queda también, perenne e insustituible, su fórmula mágica y humana, para encontrar el tono y el ritmo exacto de la adivinación, en cada momento, con un criterio eje que no puede fallar y que él utilizaba con maravillosa facilidad: su amor a la España entera, armoniosa, fuerte y profunda.

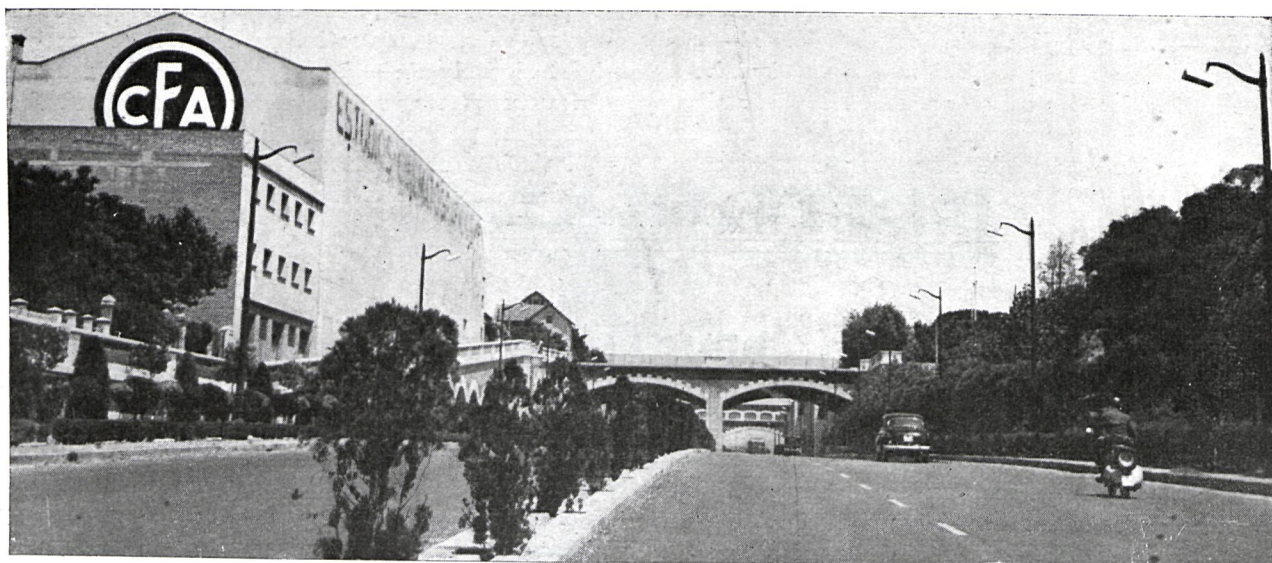
(1) Discurso en Sevilla. 22 de diciembre de 1935. «Obras completas», pág. 109.

(2) Discurso de presentación a las Cortes de tal Proyecto. 16 de julio de 1945. Ministerio de la Gobernación.

(3) Las bases del Régimen Local. («Visión panorámica de la Ley de 17 de julio de 1945», Ruiz del Castillo. *Revista Estudios Vida Local*. Núm. 22. Págs. 567 y 55.

(4) «Clasicismo y romanticismo en el derecho público», José María Pi y Suñer, pág. 616. «Estudios honor Gascón y Marín», 1952. Ver también *Rev. Administración Pública*, núm. 3. 1950. Septiembre-diciembre.

(5) «La tradición y la revolución». Obras completas. Pág. 320. Agosto de 1935.



Una gran tarea a realizar: Industrialización de la Provincia

DONDE yo iba a cazar grillos en los veranos de mi niñez madrileña, páramos y paisajes de Castilla, Barajas, San Fernando, Torrejón y Alcalá, ahora «nacen» camiones.

Estas palabras, mitad escritas con sorpresa, mitad con alegría, nos muestran plásticamente el incremento que la producción industrial ha experimentado en Madrid desde el día de nuestra Victoria hasta la fecha. Con ellas, Francisco Lucientes, entonces corresponsal de *Arriba* en París, se regocijaba de que fueran productos españoles —coches y camiones, concretamente— los que causaran la admiración de los visitantes del Salón del Automóvil que, por aquellas fechas, efectuaba su anual exposición en la capital gala.

Dejemos a Francisco Lucientes que siga:

«De aquellas borracheras infantiles de sol, mitigadas únicamente por el oasis verde de la Alameda de Osuna, me quedaba el recuerdo de un desierto a olvidar».

Y en verdad que muchos españoles, y madrileños concretamente, han querido olvidar este desierto. Sigamos leyendo:

«Verdaderamente, ¿qué podía hacer España con aquel pedazo de mapa por donde asomaba el hueso en cal viva de su codo como por una manga rota? Con desaliento, nada...; con ilusión, todo».

Hagamos un punto y aparte en ese «todo» y dejemos a Lucientes que cante, porque, en verdad, lo que viene ahora es cantar, es gritar a los cuatro vientos, desde París, que el «hueso en cal viva de

Sería un escalón más de lo conseguido por nuestra ciudad en este aspecto en los últimos dieciséis años

A PESAR DE TODO, MADRID CONSUME HOY MENOS ELECTRICIDAD QUE EN 1933, PROPORCIONALMENTE



su codo» estaba ya cubierto de carne joven; era músculo pronto a realizar esfuerzo: ver hecho realidad un sueño ni siquiera imaginado.

«Ilusión y esfuerzo, en un esfuerzo enorme, sin desmayos, heroicamente, constante: la ilusión de un gran español por España y por la dignidad de su gente y el esfuerzo de este hombre y de su política resucitadora. Esta España moderna de nuestro hoy, que en la Historia abre capitularmente un nuevo relato nacional con el nombre de Franco, hizo surgir pistas de aeródromos internacionales y fábricas de camiones en los páramos de mi niñez. Entonces, entre sol y cardos, solamente avivados por el canto del grillo y motorizados por el ir y venir de las hormigas. Aquí, en París, están ahora esos camiones españoles —realidad de una ilusión y de una política fecundas—, camiones que justamente se llaman «Barajas». Al verlos, tan fuertes, tan poderosos, «hombreado» a sus anchas entre los mejores de otras marcas extranjeras, se me fué la memoria hacia esos recuerdos de niñez...».

Esto que dice Lucientes de los camiones de la «Pegaso» podíamos extenderlo a otras muchas actividades industriales. Muchos cientos de miles de madrileños tendrían la misma sorpresa al saber que en su ciudad, remedo de un pueblo manchego hace pocos años, tiene cuatro, cinco, seis... fábricas que rebasan los 5.000 obreros; enterarse que una de ellas trae la materia prima de los Estados Unidos y Canadá y se la devuelve en productos manufacturados; que otra ha sido visitada repetidas veces por ingenieros ingleses, suecos, franceses, japoneses, italianos... para estudiar la perfección de su organización de trabajo—; organización!, leamos bien—; una última, por terminar, en la cual tienen puestos los ojos concentraciones

industriales de otros países, hoy a la cabeza de la técnica, para comprar parte de sus acciones...

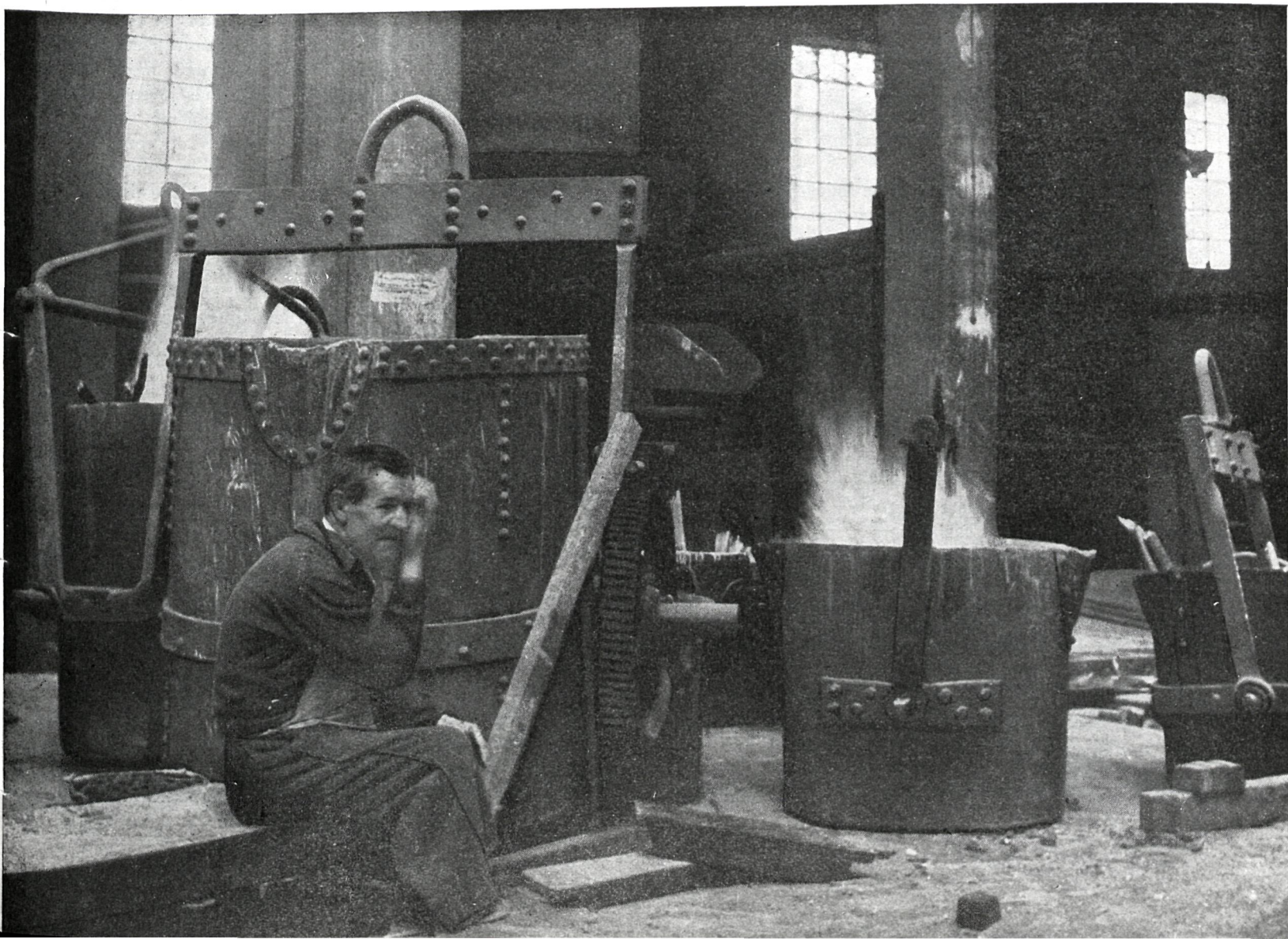
La industria de Madrid en estos dieciséis años últimos ha dado tal avance que sorprendería a los más por su variedad, y hasta habría algunos que, enterados por encima, o con grandes conocimientos técnicos sobre el asunto, dicen y dirían que la industria en nuestra ciudad es artificial y creada por las buenas.

Quizá tengan algo de razón, pero no toda. Con el tiempo, parte de esta industria se irá abajo; pero otra crecerá y seguirá creciendo, porque está enraizada y tiene razón de ser. Lo bueno es que haya vida, movimiento. Y la vida requiere que existan nacimientos y defunciones. Lo angustioso sería que todo quedara estancado y quieto, que en la tierra de Don Quijote no se hicieran locuras, cuando tan difícil es precisar de antemano si una obra es una locura o no. Hagámosla; lo malo se caerá por sí solo, pero de ninguna de las maneras estemos cruzados de brazos. Y la creación industrial tiene algo de aventura.

VARIEDAD DE LA INDUSTRIA

La variedad de la industria madrileña es digna de tenerse en cuenta. Olvidemos las tradicionales y las que en toda ciudad existen y vayamos por el difícil camino de las que nos llamen la atención. De antemano nos excusamos si existe algún olvido.

Empecemos por la químico-farmacéutica, muy notable, dedicada en gran parte al envasado de antibióticos recibidos a granel, lo mismo de procedencia nacional que extranjera; los laboratorios de sueros y fábricas de productos químicos y farmacéuticos, así como las muy importantes de perfumes, algunas de ellas con varios centenares de obreros.



Tenemos después las de tipo textil, de no gran importancia, pero de gran variedad. Destaca, por las instalaciones montadas, «Perlofil» (S. A.), dedicada a la fabricación de fibra sintética perlón, y el desarrollo extraordinario de los talleres mecánicos, que atienden, fundamentalmente, a la reparación y conservación de vehículos.

La fabricación de maquinaria eléctrica, especialmente de aparataje, protección e iluminación, material ligero de uso doméstico y aparatos de radio. Las industrias más importantes en este ramo son: «Lámparas-Iluminación», «Osram», «Metal», «Philips», «Elibe», «Aparataje y Protecciones Eléctricas», «Benito Delgado», «Isodel-Sepreche», «Talleres Beca», «Femsa», y las grandes factorías «Standard Eléctrica» (S. A.) y «Marconi» Española (Sociedad Anónima), dedicadas a la fabricación de material telefónico, aparatos y cables, sistemas de alta frecuencia para mejorar las comunicaciones y los de radio relevada y radio enlace.

El desarrollo de «Manufacturas Metálicas Madrileñas» (Sociedad Anónima) —que pronto tendrá tres factorías en Madrid y su provincia— es asombroso. Hace apenas unos años tenía unas decenas de obreros y hoy pasan con mucho de los 5.000. Dedicada su actividad a la transformación del aluminio, aleaciones ligeras y producción de piezas por embutitaje, refrendadas y estampaciones, y variados artículos de material doméstico.

Tiene su sede en Madrid la Empresa Nacional «Calvo Sotelo», con una buena plantilla de investigadores, así como la de «Hélices para aeronaves» (S. A.) la de «Motores de Aviación» (S. A.), de «Rodamientos» (S. A.), «Boetticher y Navarro» (S. A.), «Experiencias Industriales» (S. A.), «Graficolor Hartman Hermanos» (S. A.), «Fundiciones Iglesias» (S. A.), «Construcciones Aeronáuticas» (S. A.) e «Hispano Aviación» (S. A.), todas con participación más o menos importantes del I. N. I.

En la industria siderúrgica existen talleres de relaminación y hornos eléctricos, los cuales emplean como primera materia chatarra de acero, que el mercado de Madrid suministra en suficiente cuantía.

Una industria que surte el mercado nacional existe en Madrid, que se dedica a la construcción y montaje de ascensores.

El desarrollo que experimentan las industrias de grabación de sonido e impresión de discos microfónicos merece destacar a las más importantes: «Hixpavo» (S. A.) y «R. C. A.».

Otra industria digna de anotarse es la fabricación del gas «Argón», con aplicación al relleno de las lámparas de incandescencia y tubos luminosos. Esta fabricación tiene amplio campo en esta rama industrial con la nueva producción de gases raros «Neón y helium», que, con el anterior, ofrecen nuevas aplicaciones a la soldadura y operaciones metalúrgicas.

En fin, sería inagotable contar una por una cada una de las industrias, especificar su importancia, pues ni aun existiendo estadísticas sobre el número de obreros podríamos fijar un patrón que las pusiera a todas en un mismo plano de igualdad. Terminamos esta relación sabiendo de antemano que faltan muchas.

Lo que sí podemos decir es que el número de obreros se ha quintuplicado desde 1900.

INDUSTRIA O SUBURBIO

En el año 1947, en una conferencia pronunciada en la capital de España por el prestigioso ingeniero don Abelardo Martínez de la Madrid, manifestó que era preciso

crear un cinturón industrial en torno a la capital de España —la cual iba creciendo prodigiosamente— si se quería evitar de una forma decidida y leal la costra mugrienta y cada vez más numerosa de los suburbios. Expresaba el conferenciante que, a las numerosas gentes que vinieran a Madrid atraídas por su brillo, no había más remedio que darles trabajo y no dejarles como única solución el pedir limosna o morir de hambre.

Bastaría esa sola razón para crear una gran industria en Madrid.

Pero hay más. Esos mismos que critican el «cuento» de Madrid, el marcharse un poco por los cerros de Ubeda, el no centrar las cuestiones en su justo medio, con un sentido real y práctico, tienen en la industrialización de la capital de España un experimento digno de estudio. En Madrid existe ya el capitán de empresa propiamente madrileño, aunque sea natural de otra provincia española; existen, y se van formando de día en días más, unos obreros especializados y unos técnicos que viven y sienten la profesión. Se estudian, y cada vez con más interés, modernas formas de organización de trabajo. Ese obrero, que una vez terminada su jornada de trabajo, en vez de ir a la taberna se dedica en su casa a la fabricación de una pieza siempre igual, es creación del Madrid actual. La técnica apasiona a muchas gentes, además de por todo ello, por el gran número de vehículos automóviles, que han hecho surgir multitud de talleres de reparación de los mismos en casi cada esquina. Y esas piececitas, que en el silencio de su casa hacen cientos y cientos de obreros, se juntan y ensamblan en una factoría, obteniendo así artículos del más variado uso.

Las fábricas son, o deben ser, a modo de modernas escuelas de formación social. Que una industria marche bien o mal depende, en gran parte, de la creación de un espíritu de equipo. Y eso sí que tiene su importancia a la hora de la convivencia social. El rapidísimo crecimiento de nuestra ciudad en los últimos años, que ha casi cuadruplicado su población desde 1900 a la actualidad, sus parques monumentos y su breve historia, hacen de ella la más joven de todas las capitales de Europa, y la que, por lo mismo, está en disposición de adaptarse a formas nuevas de convivencia con más facilidad, sin que la tradición pese mucho en sus costumbres; pero, a la vez, es la ciudad que tiene más peligro de perder toda norma, y precisamente son las fábricas, con su disciplina obligada, las que pueden marcar la pauta de este madrileño nuevo, ya de lleno en el mundo moderno de la técnica, y en el que se podrá mover con toda facilidad. Y ese madrileño nuevo estará y está dando un tono nuevo a la capital de la nación.

CRECIMIENTO PARALELO DE LA INDUSTRIALIZACIÓN DE MADRID Y RESTO DE ESPAÑA

De otra parte, el crecimiento industrial de Madrid no es en ningún caso desmesurado: es obligado. España y Madrid tienen un crecimiento paralelo. Las provincias españolas no han sufrido merma de ninguna clase en este crecimiento. Un dato bien notable es el consumo de energía eléctrica en la capital y su provincia en los años 1933 y 1955, y su comparación con la producción total de España en esos mismos años. Madrid consumió, aproximadamente, en el año 1933, unos 300 millones de kilovatios-hora para usos industriales y domésticos, de un total de cerca de 3.000 millones de kilovatios-hora producidos por España. El año pasado, Madrid y su provincia no llegaron

a consumir los 1.000 millones de kilovatios-hora en todos los usos, contra poco más de 12.000 millones de kilovatios-hora producidos en toda España. Esto supone que, en 1933, Madrid y su provincia consumió 1/10 de la energía eléctrica consumida en España, y, en 1954, 1/12, aproximadamente; es decir, menos, en proporción. No es que la industria de Madrid haya crecido desconsideradamente; es la de toda España.

De los 22.000 millones de pesetas que, aproximadamente, se han invertido en la creación de industrias o ampliación de las existentes, desde 1940 a 1955 corresponde a Castilla la Nueva 3.534 millones de pesetas. Claro que hay que tener en cuenta, lo mismo los 22.000 millones que en los 3.000 y pico son más, ya que, según nos fijamos en las inversiones de años pasados, que por cierto son menores, el valor de la peseta supone algo más de lo que la cifra indica.

Y lo mejor de la industria de Madrid, y con ella de toda España, es que se han ido sentando las bases. De ahora en adelante el proceso industrial será mucho más rápido, y las inversiones también.

Queda, sin embargo, a nuestro juicio, un último punto, entre otros muchos que aclarar: ¿merece tal concentración industrial una zona desprovista de condiciones naturales? Esto va casi de la mano a discutir si Madrid está bien o no escogido como capital de nuestra nación.

He escuchado muchas veces, a españoles de la periferia, los más variados razonamientos para justificar la anomalía y la verdadera desgracia nacional de haber escogido a Madrid como capital; no digamos ya cómo claman al cielo cuando le ven crecer industrialmente. Creo que, a pesar de no estar de acuerdo ni con técnicos —a'gunos—, ni con economistas —algunos—, ni con españoles de la periferia —no todos—, considero que el que Madrid se le haya escogido como capital es un bien nacional y que sirve al bien común de todos los españoles. No hablemos de su situación geográfica, excelente; ni de su tierra, pobre, que considero una ventaja, pues, de lo contrario, el crecimiento de la ciudad robaría riqueza y no arena.

Supongamos esté asentado Madrid sobre un desierto, «un desierto a olvidar», como, con frase gráfica, dice y explica Lucientes, el sentir de muchos españoles. Si Madrid es un desierto, si está en el centro y sabemos que las partes más ricas de la nación están en sus bordes, ¿debemos dejar las tierras pobres del interior, yermas y olvidadas? Esto suponiendo que sea un desierto, pues hace pocos siglos se trabajaba el acero en Toledo —muy cerca de Madrid— de una manera magistral, y en Segovia había tenerías, y otras pequeñas fabriquetas, dedicadas a tejer lana, como escombros, derivada de su riqueza ganadera. Yo quisiera saber si existiría un pobre ferrocarril que recorriera estas tierras; si estas gentes no estarían olvidadas y dejadas de la mano de Dios, como formando unas inmensas Hurdes, con unos bordes bonitas que tocaran al mar. Y esa sería la España razonable y lógica para muchos: con grandes colorines en su costra, pero hueca. Brasil, con su próximo cambio de capital de Río de Janeiro al interior, que es un desierto verde, nos da una lección.

NECESIDAD DE INDUSTRIALIZAR LA PROVINCIA

La gran tarea a realizar por Madrid, a nuestra manera de ver, en los años próximos, sería extender esos notables beneficios conseguidos en la capital en los últimos

años a los 183 pueblos de su provincia, y aun saliendo de ella, a otras ciudades cercanas.

Fijándonos únicamente en nuestra provincia —por ser ésta una publicación de la Diputación Provincial de Madrid—, apenas contamos con los dedos de una mano los pueblos que tienen una industria digna de tal nombre: Aranjuez, Alcalá, San Fernando, Torrejón..., y otros pocos son los afortunados. Sale uno de la capital, y apenas ha saltado unos kilómetros —antes eran metros—, se encuentra en pleno páramo —al menos en aquella parte del Sur de la provincia, peor dotada infraestructuralmente— con costumbres tan alejadas de la técnica moderna que casi dan frío. Y esto ni es justo, ni es práctico, ni es nada. Si la labor de Madrid, al industrializarse, se quedara en los justos límites de su perímetro municipal, entonces también nosotros estamos en desacuerdo con su industrialización.

Hay pueblos en su provincia perfectamente dotados de agua, de electricidad, y tienen tan buenas o mejores comunicaciones que la capital. Una fábrica de esas de 4.000 obreros, u otra menor, supondría la transformación total de la vida de ese pueblo, su única oportunidad de liberarse de la pobreza y del atraso. Y, varios de estos pueblos, están mejor dotados que la capital para la creación de una gran industria o varias pequeñas. El solar, desde luego, sería más barato. Podría, hasta con el tiempo, mucho menos tiempo de lo que parece, surgir un poblado, donde los técnicos y los obreros tuvieran sus casas —pequeños chalets, con un jardín y todo—, y el espíritu de empresa saldría ganando. Además, este Madrid nuestro, vertical, y que en un breve plazo de años va a tener un pavoroso problema de tráfico, se haría horizontal, con pequeñas ciudades satélites, entonces sí con vida propia. Y el campo ese nuestro, tan lejos, se urbanizaría, a la vez que peinado y limpio, entraría por la puerta grande en nuestras ciudades, que buena falta les hace.

Para ello sería menester que esos pueblos donde se van a crear industrias, a más de dar facilidades a los industriales, tuvieran de verdad una buena distribución de aguas, energía eléctrica en abundancia, comercio, y, sobre todo, un mercado con precios asequibles y gran variedad, donde las amas de casa no recordaran la gran ciudad cercana, bien provista de comunicaciones, para nada.

Todo consistiría en que un órgano provincial —la Diputación—, ayudado por los Sindicatos a través de la Junta de Ordenación Económico Social de la provincia, y hasta del Estado, si fuera preciso, y, desde luego, de cada uno de los Ayuntamientos, estudiaran sobre el terreno una por una las regiones naturales y las posibilidades de industrialización, y a airear el asunto.

Esto sí que sería de verdad una colonización del agro español y empezando por una de sus partes más pobres. Con esto resuelto, ya no habría problema, por muy difícil que fuese, que no fueran capaces de realizar los españoles. Y se puede hacer.

Terminamos como terminó Lucientes la crónica que sirvió de punto de partida a este trabajito:

«Pegaso», aquí, en París, como el nombre de España, será un blasón ilustre de país moderno, en técnica y en eficacia. A mí, esas joyas que son el «Z-102» y «Z-103» me encantan. Pero lo que me enternece del todo es ese camión «Barajas», nacido en aquellos páramos de mis juegos infantiles, para que, bajo su terrible sol, penen y suden menos en su trabajo obreros y labriegos españoles».

O. RONCERO

(Fotos Leal.)